

Educación para la tolerancia

Glazman, Raquel

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Glazman, R. (1997). Educación para la tolerancia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(167), 161-167. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1997.167.49431>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Educación para la tolerancia

RAQUEL GLAZMAN

Resumen

En este artículo, la autora señala que el racismo es resultado de representaciones ideológicas. La idea de que existen diferencias biológicas entre los seres humanos corresponde a condiciones de tipo histórico, social, cultural y político, y se ha traducido en prácticas determinadas, orientadas a eliminar lo heterogéneo y diferente (por ejemplo, el minusválido, la mujer, el judío, el indio, el negro, el hispano, el homosexual, etcétera), como símbolos de un "desorden" percibido como amenazante. Tras todo planteamiento racista está presente la exclusión del *otro*, la cual puede ser ejercida por el sujeto y por el Estado. Dada la dialéctica entre lo individual y lo colectivo, el Estado puede alentar el racismo o, por el contrario, contribuir a la tolerancia y a la solidaridad. Esto último debe prevalecer en la educación, propone la autora. El concepto de "tolerancia" opera en contra del racismo y en el reconocimiento de la historia e identidad de las minorías. Para ello existen múltiples propuestas conceptuales y pedagógicas que permiten abordar una práctica educativa para enfrentar al racismo y luchar, así, por la justicia e igualdad: el reconocimiento del *otro*, el combate a toda conducta opresiva y la comprensión de que el racismo favorece otros patrones de discriminación.

Abstract

The author contends that racism arises from ideological representation wherein the idea of biological differences between human beings responds to historical, social, cultural and political conditions that have developed into specific practices. These practices seek to eliminate whomever are heterogenous and different, perceived as symbols of a threatening "disorder" (i.e., the physically disabled, women, jews, native indians, black people, hispanics, homosexuals, etc.). The exclusion of the *dissimilar*, which underlies all racist stands, can be an act of individuals but also of the State. Given the dialectics between the individual and the collectivity, the State is in a position to either entice racism or promote tolerance and solidarity. The latter should prevail in education, proposes the author. To oppose racism by fostering the concept of "tolerance" and recognizing the history and identity of minority groups. There are various conceptual and pedagogical proposals for education practices that face up to racism, in the pursuit of justice and equality: acknowledging those who are *dissimilar*, challenging oppressive behavior, understanding that racism promotes other types of discrimination.

Abordar el racismo permite ubicar la base de propuestas separatistas y precisar el tipo de justificaciones que tienen los partidarios de la desigualdad humana, el abuso, la explotación y la violación de derechos individuales y colectivos.

El racismo, como tendencia de exclusión y discriminación contra el otro, lejos de ser una actitud innata o inevitable, es el resultado de construcciones, representaciones y determinaciones ideológicas del ser humano.¹ Raza, clase y género son relaciones que se desprenden de las definiciones de sí mismo que tienen los sujetos y de su forma de participación en la vida social.²

La idea de raza, específicamente, no obedece a criterios biológicos; ella es más bien una concepción compleja de carácter social, cultural y político que ha cambiado con la historia. La diferencia racial no es biológica; ha sido históricamente creada³ y presenta expresiones múltiples, de modo que la búsqueda de explicaciones científicas para justificar ciertas diferencias —cocientes intelectuales, medidas craneanas, peso del cerebro, etcétera— no obedece más que a intentos de racionalizar las propuestas ideologizadas de desigualdad humana.

“La diferencia racial es producto de los intereses humanos, necesidades, deseos, estrategias, capacidades, formas de organización y formas de movilización.”⁴ Esto conduce a ver al racismo como un conjunto de prácticas estructuradas que se reproducen con diferentes rostros y justificaciones a través de individuos y grupos movidos desde intereses diversos; entre ellos, los relativos a la lógica económica o a la lógica política.

En el fondo de las prácticas racistas existe una utopía de la uniformidad; se buscaría desaparecer todo lo que no fuera homogéneo, porque la diferencia se llega a identificar con el desorden. Se intenta, así, eliminar al diferente; éste puede ser el minusválido, la mujer, el judío, el indio, el negro, el hispano, el homosexual, es decir, quienes amenazan lo uniforme, lo “igual” soñado.

La identidad se construye en tres registros.⁵ Por una parte, el de la ficción impuesta al individuo, de búsqueda de plenitud, de “tota-

¹ Alicia Castellanos Guerrero, “Presentación”, *Estudios Sociológicos*, vol. XII, núm. 34, enero-abril de 1994, p. 12.

² N. G. Roxana, “Understanding curriculum as racial text”, en William Pinar *et al.*, “Understanding curriculum. An introduction to the study of historical and contemporary curriculum discourses”, *Counterpoints Studies in the Postmodern Theory of Education*, vol. 17, Nueva York, Peter Lang, 1995, p. 315.

³ Anthony Appiah, “The uncompleted argument. Du Bois and the illusion of race”, *Critical Inquiry*, 12(1), pp. 21-37, citado en *ibid.*, p. 316.

⁴ Cameron McCarthy y W. Crichtlow (eds.), *Race, identity and representation*, Nueva York, Teachers College Press, citado en *ibid.*, p. 354.

⁵ P. Taubman, “Separate identities, separate lives: diversity and the curriculum”, en L. Castenell y W. Pinar (eds.), *Understanding curriculum as racial text. Representations of*

lidad". Por otro, el de la dimensión comunal, donde la identidad se activa y adquiere sentido a través del grupo. Por último, el autobiográfico, en donde la identidad tiene significado personal y es vista como forma privada de ser, como impulso a la autonomía, como capacidad del sujeto de explorar su propia historia, como el desarrollo continuo de sí mismo.

En el sentido nacional, la identidad permite que nos distingamos de los otros, y ello requiere ciertos criterios de homogeneidad. Un país como México, con características heterogéneas —por etnias, por dialectos, por religiones—, encuentra una contradicción al buscar uniformidades; se da una lucha entre naturaleza, historia e imposiciones, sobre todo cuando se busca que estas uniformidades puedan definirse como carta de pertenencia.⁶

En el fondo de los planteamientos racistas y xenofóbicos está la desconsideración del *otro* como parte de una comunidad humana semejante a la de uno y la ignorancia de diferencias culturales. La exclusión del *otro* puede ser de carácter social, político o cultural alentada por motivos raciales, de género, de preferencia sexual.

La exclusión del *otro* puede ser ejercida por el sujeto y por el Estado. A su vez, el apoyo al *otro* puede venir del sujeto y del Estado. Sin embargo, no puede negarse la dialéctica entre acciones individuales y acciones colectivas. El Estado puede facilitar las persecuciones racistas; el Estado puede, a su vez, contribuir a la tolerancia y a la solidaridad.

Habría que aprender a entender y respetar las historias y condiciones de pueblos diferentes, porque ser *otro* no implica forzosamente estar separado, y muy frecuentemente dejar de ser *otro* implica perder la propia identidad, perder la mismidad.

Aprender a entender los diferentes matices de razas, pueblos e individuos enriquece a nuestro continente; es lo que da origen a las tradiciones nacionales.

Según Esteban Krotz,⁷ la identidad nacional se ha construido con la identificación de escudos, banderas y pasaportes similares, pero

identity and difference in education, Albany, State University of New York Press, pp. 287-306.

⁶ Esteban Krotz, "¿Naturalismo como respuesta a las angustias de identidad? (Sobre xenofobia, nación y la coyuntura alemana actual)", *Estudios Sociológicos*, op. cit., pp. 19-21.

⁷ *Idem*.

también con la idea de que en los países o en las naciones hay unas identidades que dominan sobre otras y criterios para decir quiénes pertenecen a una nación y quiénes no. Esta identidad se enseña y se trasmite en las escuelas.

Si el Estado promueve las uniformidades como identificación de los sujetos que pertenecen a una nación, y si estas identidades se sustentan en la idea de homogeneidad, es difícil que una educación nacional promueva el respeto a las diferencias; y si lo hace, es parte de la contradicción y del mensaje doble que se trasmite en las escuelas.

En algunos lugares, los niños que pertenecen a grupos minoritarios piensan que para tener éxito en la escuela deben actuar como la mayoría dominante, renunciando a sus patrones y modelos culturales, perdiendo su propia identidad y dejándose asimilar.

Hoy, por el contrario, se piensa en el pluralismo cultural como forma de que los grupos mantengan su cultura de origen, es decir, "hablar el lenguaje de otros sin renunciar al propio".

Las minorías deben plantear su visión propia de la realidad (no una realidad dominada que se somete al dominante). El replanteamiento de la historia por parte de los grupos dominados puede conducir a reformar el presente conforme se redefine el futuro.⁸ Estas representaciones propias del futuro permiten que el conocimiento apoye la aceptación de las diferencias.

La educación contra el racismo descansa en el sentido de la tolerancia y requiere compromisos con la justicia, la libertad y la diversidad que se ubiquen en el contexto de la vida escolar cotidiana, más que un discurso formal acerca del conocimiento, más que un discurso sobre el porvenir, más que un discurso sobre el deber ser.

Examinar la propia identidad y las otras identidades circundantes, aceptar su derecho a la existencia, respetar su mismidad, es preparar para la tolerancia. Esto quiere decir: promover la comprensión de otras identidades, examinar sus historias y experiencias culturales, étnicas y religiosas como grupo, así como también sus individualidades genéricas y sus normas culturales, en tanto expresiones de la heterogeneidad universal. Lo anterior requiere una presencia sin vacilaciones de la política educativa, la responsabilidad institucional

⁸ J. Kincheloe, "The politics of race, history and curriculum", en L. Castenell y W. Pinar (eds.), *op. cit.*, pp. 249-262.

de cada escuela y las condiciones de los estudiantes (sociales, grupales y familiares) para plantear sus propias historias, oír las historias de los otros y, como diría Roman,⁹ soñar el sueño de una liberación humana.

La educación contra el racismo es una posibilidad de liberación, la misma posibilidad de liberación que ofrece un abordaje de justicia y aceptación humana. No es un análisis de clase, no es la defensa de ningún grupo individual ni una acción política convencional. No se promueve en una educación formalizante, autoritaria y rígida. Es el discurso de la aceptación.

La educación contra el racismo no plantea la asimilación de las minorías; reconoce, por el contrario, su propia historia y su derecho a la identidad. Más que un problema de carácter académico, es un problema de aceptación humana por la vía pedagógica.

Los educadores mismos deben examinar su cultura e ideología e identificar sus actitudes, valores y conductas racistas. La mayoría de los maestros no se sienten prejuiciosos o no consideran la cuestión del racismo. Esto proyecta un *currículum* oculto que niega las buenas intenciones e ignora el racismo institucionalizado; los maestros debemos confrontarnos, en este sentido, para construir un cambio en las instituciones escolares. Comprender el racismo individual, identificar el racismo institucional, analizar las vetas históricas del racismo y enfrentar de cara este problema, son formas iniciales de luchar por la justicia y la igualdad.

En el ámbito concreto, múltiples propuestas conceptuales y metodológicas permiten abordar una práctica pedagógica en el sentido anteriormente mencionado y señalado por E. García,¹⁰ construido sobre tres dimensiones:

- a) La cultural; esto es, la comprensión de los grupos.
- b) La del lenguaje, la lectura y aprehensión de otros significados que, planteados en términos de nuestro país, promoverían, por ejemplo, la ampliación del aprendizaje de las lenguas indígenas.

⁹ L. Roman, "White is color! White defensiveness, postmodernism and anti-racist pedagogy", en C. McCarthy y W. Crichtlow, *op. cit.*, pp. 71-88.

¹⁰ E. García, "Chicano cultural diversity: implications for competency-based teachers education", en W. Hunter (ed.), *Multicultural education through competency-based teachers education*, American Association of Colleges for Teachers Education.

c) La de los derechos humanos, que contribuye a construir la responsabilidad ética entre los estudiantes.

A manera de conclusión quisiera destacar que el racismo es un problema importante, cuyo reconocimiento es vital en las escuelas, y la esencia de su tratamiento está en la tolerancia.

El problema del racismo corre el riesgo de ser analizado superficialmente; un análisis profundo del mismo requiere una labor analítica de los maestros, apoyada por las políticas educativas y las institucionales.

No es suficiente la educación para combatir el racismo. Se requiere asimismo una labor integrada de la familia, las dirigencias religiosas, los medios masivos de comunicación y las instancias políticas.

Una política educativa seria en torno al racismo debe tomar en cuenta y tratar las visiones de los niños sobre las minorías, sobre el *otro*. Debe, asimismo, estar capacitada para tratar con otras formas de conducta opresiva.

El *currículum* de educación contra el racismo debe relacionar sus aspectos con otras formas de injusticia y desigualdad en las escuelas, en la sociedad toda.

La educación antirracista debe facilitar a los niños la comprensión de que el racismo utiliza diversos patrones de discriminación y contribuir a que éstos reflexionen.

Bibliografía

Castenell, L. y W. Pinar (eds.), *Understanding curriculum as racial text. Representations of indentity and difference in education*, Albany, State University of New York Press.

Estudios Sociológicos, vol. XII, núm. 34, México, El Colegio de México, enero-abril de 1994.

Hunter, W. (ed.), *Multicultural education through competency-based teachers educations*, Nueva York, Teachers College Press.

McCarthy, Cameron, *Race and curriculum: Social inequality and the theories and politics of difference in contemporary research on schooling*, Londres-Nueva York-Filadelfia, The Falmer Press, 1993.

McCarthy, Cameron y W. Crichlow (eds.), *Race, identity and representation*, Nueva York, Teachers College Press.

Pinar, William F., William M. Reynolds, Patrick Slattery y Peter M. Taubman, "Understanding curriculum. An introduction to the study of historical and contemporary curriculum discourses", *Counterpoints Studies in the Postmodern Theory of Education*, vol. 17, Nueva York, Peter Lang, 1995.

Poliakov, León, *La Europa suicida*, Madrid, Muchnik, 1981.